

CON "LOLA" AL PARQUE DE MARIA LUISA

por José M.º del Rey Caballero

LOLA», la jaca que ahora corre por las calles y callejas del casco de Sevilla y por los paseos y jardines aledaños de la ciudad, conoció otra existencia henchida de sensaciones. Nació «Lola» de una yegua que, con otras, pacía salvaje en la llanura de la Isla y cuando alcanzó los tres años, un mozo diestro de la ganadería del Marqués de Alhajúme pudo dominar la mucha sangre de la potrilla y echarle sobre los lomos la montura vaquera. Su pelaje pío, que no era del gusto del ganadero ni de sus hijos mayores, le aseguró la permanencia en el cortijo donde pastaban los toros del criador, lo que le dió ocasión para lucir su temperamento vivo y su instinto insuperable en las faenas con las reses: la jaca pia llegó a ser la preferida para el acoso y los mejores caballistas andaluces al cabalgarla pudieron comprobar el prodigioso sentido de sus movimientos ante el riesgo de las astas. La cornada de un toro, aque-renciado y oculto a la breve sombra de un matorral, cambió la vida de la jaca que fué relegada, luego de su lenta curación, a los menesteres de tiro, más apacibles. Y cuando el marqués jubiló a su viejo cochero le regaló con una suma para adquirir un coche de punto a la jaca pia. Pero aquí empieza la segunda vida de la que desde entonces, ignoramos por qué, fué bautizada como «Lola».



«Lola» ganó pronto la costumbre del enganche, y, con la misma exactitud que lució para jugar con los toros en las faenas, dobla ahora las esquinas de la ciudad en un «consciente» ir y venir a los lugares más frecuentados por los turistas. Pepe, el cochero, además, es un excelente «cicerone» para enseñar a los visitantes la ciudad



Pabellón de Colombia en la Exposición Iberoamericana, hoy dedicado a Casa de Maternidad de Sevilla. Los edificios que alzaron las repúblicas americanas, una vez cedidos a España, están aplicados a fines sociales.



Frente al pabellón central de la Plaza de España, «Platero», el borrico más mimado de los niños sevillanos lleva en su carrito la ilusión de los pequeños. En uno de sus viajes matinales, el cochecillo de «Platero» se cruza con «Lola». Los turistas contemplan amorosamente esta tierna escena infantil. Jaca y borrico se cruzan un guiño más.



Pepe, el sevillanísimo cochero, ha intentado explicar a los turistas el «andaluz» árbol genealógico del Cid, caballero en corcel poderoso frente al Casino de la Exposición. La pintoresca narración del «veraz cicerone» provoca la sonrisa de los visitantes, que desde la rotonda central

contemplan el maravilloso aspecto del parque, cuya belleza ya no es exageración, ni mentira, que entra por los ojos. Tampoco es mentira que la estatua del caballero castellano, de la esposa del hispanista Huntington, fué regalada por éste a España en prenda de amor.



Arriba, la fachada de cal y ladrillo del que fué pabellón de la República Argentina en la Exposición Iberoamericana de Sevilla. A la izquierda el pabellón de Portugal, de muy graciosa arquitectura, por delante del cual pasa todos los días «Lola» la jaca pía, con su coche y algunos turistas que desean ver lo que fué la gran Exposición, de la que hoy sólo conserva «Pepe» muy agradables e hiperbólicos recuerdos, que a la vista de cada pabellón va «colocando» a los turistas que toman su coche. Él también sabe explicar el destino actual de cada pabellón.



Frente al Pabellón del Perú, que devolvió a la metrópoli resonancias arquitectónicas sentidas en América, fotografían a «Lola» la jaca pía, en posición de descanso y a Pepe, en filosófica preparación de nuevas explicaciones dignas de la simpatía de sus clientes, siempre atentos.



Y volvemos a la Plaza de España, junto al estanque semicircular. Desde el pintoresco coche de «Pepe» los turistas pueden contemplar la belleza de los puentes de numerosas arcadas que se retratan en el agua mansa y espejeante, por lanchas «patroneadas» por los propios visitantes. Siempre por recomendación del gracioso cochero sevillano, los turistas pueden admirar los bancos de las provincias españolas situados bajo la columnata de la galería. La luz es intensa y unos vellos de nubes subrayan, con su blancura, el fuerte azul del cielo. Los paseantes que recorren la plaza en el cochecito con la mirada deslumbrada por la luminosidad y el color comentan lo ya contemplado en su paseo sin orden, por las calles de Sevilla, transportados al azar por los pasos cansinos de «Lola». Tras una breve parada, los visitantes bordean la avenida, y dejando a un lado los románticos jardines de las Delicias, quiere volver a pasar por aquel sitio del que sólo recuerdan el rótulo de Maternidad inscrito sobre el frontis de uno de los pabellones. Pepe el cochero, lo sabe todo. Pronto alude al pabellón de Méjico y el paseo se reemprende. Sevilla, arrebolada por la caricia del sol primaveral, ofrece ahora todos sus encantos y secretos.



Junto al árbol corpulento que circunda el monumento conmemorativo del melancólico autor de las «Rimas», las parejas que pasan su luna de miel en Sevilla llegan allí en el coche de «Pepe» para dejarse retratar junto a las «musas» de piedra que inspiraron al dulce poeta sevillano.



Bajo el claro sol sevillano, estas palmeras que prestigian un rincón de la Plaza de América, armonizan con la arquitectura mudéjar. Por entre fuentes y arrayanes, lugar preferido de las parejas de recién casados, pasa a diario el coche de «Pepe», tirado por la paciente «Lola».

Y para finalizar este paseo sentimental e ilusionado, realizado en primavera por las calles y jardines de Sevilla, arrullados por el contrapunto de los pasos «tranquilos», sin prisas fogosas, de la jaca pía y amenizado por la interminable y pintoresca explicación de «Pepe» el cochero, los turistas terminan sumergidos en la delicia del acariciador ambiente de la Plaza de América, donde la arboleda peina el aire atlántico y lo hace más leve y transparente, y donde el sol hace un delicioso juego de luces y sombras que armonizan con el gracioso arrullo y contoneo de las pacientes y domésticas palomas blancas que también saben ser amables con los turistas, dejándose fotografiar en su mano. Después de un recorrido evocador por entre los pabellones de la Exposición, que «Pepe» desea que se repita algún día para que él y su «Lola» volvieran a disfrutar de aquel movimiento de turistas «como no conoció Sevilla», un descanso en los bancos de la suntuosa y monumental plaza con orla de tan graciosas y diversas arquitecturas, se hace necesario para que el espíritu pueda asimilar tantas y tan deliciosas sensaciones como Sevilla ofrece en unas horas de recorrido por su recinto cargado de belleza, gracia y armonía.

